

# EL MAESTRO DEL SILENCIO

## PRÓLOGO

*Era una fría tarde de principios de Noviembre cuando por fin llegué a divisar el monasterio al que me dirigía. Había comenzado a echarse el sol y la noche se apropiaba una vez más de los campos que rodeaban el Guadalquivir; en el que pude ver reflejado uno de los muros del santo edificio. Cansado, me senté en una piedra para apaciguar mi debilidad, y observé en silencio el paso de los hombres que, como diminutas hormigas, transitaban por los alrededores de la ciudad. Había escuchado hablar de ella en millares de ocasiones, sin embargo, no fue hasta ese instante cuando realmente me di cuenta de lo que querían decirme todas aquellas historias que escuché de boca de mi abuelo, y que siempre tomé como simples cuentos de niños. Acompañado tan solo por una vara de cerezo y una bolsa de cuero donde llevaba mis escasas pertenencias, proseguí mi camino hasta detenerme delante de la puerta del monasterio de Buenavista. Tras hacer sonar la campana, un fraile anciano y de andares torpes, accedió a dejarme entrar no sin antes interrogarme sobre mi persona. Después paseamos hasta un patio central en el que una veintena de plantas asediaban los pies de un pequeño pozo elevado. Un poco más al fondo, otro jerónimo más joven recortaba*

*los setos y los árboles que habían empezado su época de menor crecimiento. Se trataba de un lugar magnífico, alejado del ruido y de la rápida vida exterior. Allí todo era diferente. Aquellos hombres habían decidido como yo, entregar su vida a Dios y al estudio, algo que agradecí en silencio.*

*—Tú debes ser el nuevo novicio, ¿no es así?— se interesó un fraile de aspecto serio deteniéndose a mi lado. Sin apenas darme tiempo a responder, anduvo entorno a mí y me miró de nuevo a los ojos impaciente.*

*—Así es, señor— le respondí sin perder detalle de sus movimientos serenos que llegaron a ponerme nervioso.*

*—Soy el prior de este monasterio. Me llamo Fray Luis de Ponzán. Debes estar cansado después de tan largo viaje. Dime, ¿cómo se encuentra mi hermano el prior de Guadalupe? Hace poco recibí noticias del empeoramiento de su estado de salud.*

*—Mucho mejor, padre. Le manda recuerdos— dije, recordando las semanas de tos y fiebres a las que había estado expuesto—. También me pidió que le diese esto— proseguí, entregándole un papel enrollado y una pluma de ave.*

*—Este hombre siempre igual— comentó tras leer el pergamino—. En fin, es difícil cambiar al ser humano cuando nace libre de pensamiento— dijo sonriendo—. Según parece eres un ilustrador bastante prometedor.*

*—Hago lo que puedo, padre.*

*—Pues te has ganado las alabanzas de muchos religiosos. E incluso han llegado algunas de tus obras a oídos de su majestad, que ha insistido en conocerlas.*

*—Se lo agradezco. Para mí es un honor poder estar en este monasterio compartiendo estancias con los hermanos escribientes de Buenavista.*

*—Eso espero— dijo sonriéndome de nuevo—. Ahora acompáñame. Te mostraré tu celda. Después, iremos a la biblioteca. Me gustaría presentarte a tu nuevo maestro. Es un hombre algo especial, pero estoy seguro que aprenderás a valorar su mutismo y sus rarezas— me dijo mientras tomábamos uno de los pasillos que conducían a las celdas situadas en el piso superior. Al cabo de unos segundos, se detuvo ante una puerta de madera y la empujó con algo de esfuerzo, esquivando la caída de algunas lascas procedentes del techo—. No son demasiado cómodas, pero te aseguro que tienen las vistas más maravillosas de toda Sevilla— confesó acercándose a la ventana—. ¿Ves aquel edificio al otro lado del río? Es el monasterio de Santa María de las Cuevas. Junto al de San Isidoro del Campo y a este, constituye los tres pilares religiosos más importantes de la ciudad.*

*— ¿Y aquel edificio de más allá? Me refiero al que está pegado al río. Parece una fortaleza.*

*—Se trata del Castillo de San Jorge, que ahora, como sabrás, está en manos de la Santa Inquisición— explicó mientras se daba la vuelta para mirar las desnudas paredes de mi habitación—. Será mejor que vayamos a la biblioteca, se está haciendo tarde y no le gusta que lo interrumpan cuando se aproxima la hora del descanso.*

*— ¿A quién se refiere, padre?*

*—A tu maestro, ¿quién si no? Imagino que estarás impaciente por conocerlo, yo lo estaría— murmuró aligerando el paso hacia una habitación cuya puerta de entrada se encontraba completamente cerrada—. A estas horas siempre lo encontrarás solo. Por*

*cierto, te aconsejo que no le dirijas la palabra hasta que él haya roto el silencio ¿Has entendido?*

*—Sí, padre. Intentaré recordarlo.*

*—Entonces tan solo me queda desearte suerte, muchacho. Te aseguro que la vas a necesitar— me dijo fray Luis de Ponzán alejándose. A continuación, sostuve la aldaba y empujé la puerta con suavidad hasta que la luz del exterior iluminó levemente las primeras baldosas de piedra que alineaban, como si de un ajedrez se tratase, el suelo de la biblioteca. Al entrar, cerré la puerta y me detuve un instante intentando acostumbrarme a la oscuridad y al intenso olor a humedad. Al fondo, cerca de una pequeña chimenea aún encendida, había un hombre encorvado sobre una inclinada mesa de escritorio. Encima de ésta había varios tinteros y un par de plumas como las que acababa de entregar al prior, también un candil de bronce y un juego de velas que iluminaban titilantes su rostro cansado y ceniciento. Siguiendo las recomendaciones del prior, atravesé la estancia y sin decir nada me senté unos pasos por detrás con la esperanza de que me dijese algo. No obstante, no sucedió nada de eso hasta que una de las velas sucumbió al desgaste de la cera.*

*—Imagino que ha sido el prior el que te ha recomendado que te quedes ahí atrás— dijo por fin el jerónimo a la vez que dejaba la pluma sobre la tabla de madera.*

*—En realidad no— le respondí sorprendido por aquella voz que parecía haber sido sacada del fondo de la tierra—. Tan solo me dijo que no...*

*—Deja que lo adivine. También te habrá comentado que no me gusta que me molesten y... que soy un hombre un tanto extraño, ¿me equivoco?— me interrumpió a*

*la vez que se humedecía la punta de los dedos para apagar la última vela, gesto que tendría más que controlado por la manera en que unió las puntas sobre el pábilo.*

*—No, no lo hace. He seguido todas sus recomendaciones— reconocí, intentando no caer prendado de sus movimientos.*

*—Lo imaginaba. Somos muy pocos los que nos atrevemos a pensar por nosotros mismos.*

*— ¿Por qué dice eso?*

*—Qué pensarías si te dijese que me hubiese gustado más que hubieses actuado según tu parecer. No estoy diciendo que esté mal el haber seguido las órdenes de fray Luis de Ponzán, más bien digo que la próxima vez hagas lo que te dicte tu propia razón. Por extraño que te parezca, los hombres se sienten más útiles bajo el mandato de un superior que piense por ellos, ahorrándoles así, el esfuerzo de tomar sus propias decisiones.*

*—Discúlpeme, pero creo que no tenía otra opción.*

*—En realidad es una pena que pienses así ¿Sabes novicio?, hay en este mundo dos tipos de hombres. Primero están aquellos que no saben gestionar el tiempo y aluden a las rarezas de los otros para dar explicación a las suyas propias y su falta de entusiasmo, y luego están aquellos que, como yo, no nos gusta perder el tiempo con cosas livianas— explicó, permaneciendo unos segundos en silencio, después me miró y sonrió— ¿Podrías decirme novicio cuál es para ti el bien máspreciado por el ser humano?*

*—No sabría decirle.*

—*Inténtalo. No creo que pierdas nada por hacerlo—* dijo dándose la vuelta para poder mirarme a los ojos, gesto que me sorprendió aún más. Acto seguido, volvió a humedecerse la punta del dedo índice y pasó un par de páginas del libro que había estado manejando.

—*¿El oro tal vez?*

—*Podría ser, sobretudo en estos tiempos que corren, pero me temo que el hombre se pierde en sus propias necedades y, la riqueza, que yo sepa, no nos hace ser menos necios.*

—*Entonces diría que se trata de la sabiduría. Sólo los más sabios son capaces de llegar al autoconocimiento, y según los filósofos clásicos, no hay mayor necio que el que no se conoce a sí mismo.*

—*Es una buena respuesta, aunque para serte sincero no creo que sea ese el máspreciado de todos. Desde luego que todo hombre sabio llega a ser más rico de pensamiento que cualquier noble o incluso rey. Si no, ¿por qué razón se rodearían de ellos? ¿Lo has pensado alguna vez? El poder y la riqueza sólo atraen eso, más poder y riqueza. La sabiduría en cambio nos permite diferenciar todo aquello que nos rodea y que nos merece la pena. Sin embargo, y aunque me cueste decirlo, existe otro bien aún máspreciado para el hombre que la propia sabiduría.*

—*Si no es el oro ni la sabiduría... ¿Qué puede ser entonces?*—dije nervioso.

—*Eso lo tendrás que averiguar tú solo. Mientras tanto, será mejor que regreses a tu celda y que reflexiones sobre lo que se ha dicho aquí esta noche.*

—*Pero maestro...*

— ¿Maestro?— me interrumpió dejando la puerta entreabierta, hecho que me sobrecogió por la manera en que clavó sus ojos en los míos.

—El prior me dijo que usted sería mi nuevo mentor— expliqué evitando tartamudear.

—Nunca he tenido discípulos y jamás he querido tenerlos.

—Pero... he viajado desde el monasterio de Guadalupe para poder aprender de usted. No puede hacerme esto ahora. He soñado durante meses con este día, y he rogado al Señor todas las noches para poder encontrarme con su persona.

—Tendrás que buscar a otro que lo haga, muchacho. Estoy convencido de que encontrarás a algún jerónimo que lo considere un privilegio. Al fin y al cabo, no me pareces tan corto de miras como te creí.

— ¿Cómo puede decirme algo así? ¿Es que no ha oído lo que acabo de decirle? He viajado desde muy lejos para conocerle y... aprender de usted.

—Lo único que debería importarte es lo que pienses tú y no lo que piensan los demás. Esa es la primera lección que debería aprender todo hombre antes de proseguir su camino.

—Usted no lo entiende. He venido hasta Buenavista tan solo para aprender de su trabajo. El propio prior de Guadalupe escribió una nota al padre Ponzán para que me acogiese en Buenavista.

—Ah, esa nota. La recuerdo. Yo mismo vi cómo la escribía.

—Se lo ruego.

— *¿Acaso has olvidado que yo no soy el señor de Buenavista, muchacho? Ahora regresa a tu celda y descansa. Mañana será un largo día— replicó dejándome completamente sólo.*

*Minutos más tarde, abandoné la biblioteca y entré en mi habitación, donde habían accedido a través de la ventana algunas hojas de los árboles que rodeaban el monasterio. Tumbándome en el suelo, clavé la mirada en el techo y recordé las palabras del superior de Guadalupe cuando le di la noticia de mi interés por venir hasta Buenavista para aprender las mejores técnicas de trazado. Lo había dejado todo para estar en este lugar. Pero a pesar de mi interés, todo se había puesto en mi contra. Ya no se trataba de mi simple necesidad por aprender. Ahora estaba en juego mi propia existencia como ilustrador. De repente, un golpeteo en la puerta de la celda me abstraigo de mis pensamientos. Deshaciéndome de la humedad que se había adueñado de mis ojos, me incorporé con rapidez y di permiso para entrar a la persona que había llamado desde afuera. Al otro lado estaba el mismo fraile que acababa de negarme su ayuda. Con la diferencia de que algo había cambiado en su mirada.*

— *¿Qué es lo que quiere?— le pregunté recomponiéndome.*

— *Tan solo te voy a dar una oportunidad.*

— *¿Cómo dice? Una oportunidad... ¿por qué ahora?*

— *Siempre he creído que los esfuerzos deben ser recompensados. Tú has hecho uno al venir hasta aquí, y no seré yo el que te niegue la posibilidad de estudiar en este*



*monasterio. Escucha lo que voy a decirte, novicio. Tienes hasta el alba para resolver la pregunta que te he hecho. A partir de ahora solo depende de ti.*

*—Pero... ¡no puedo en tan poco tiempo!*

*—Es la única oportunidad que te doy. Mañana, después de que la primera luz del sol entre en mi celda, vendré hasta aquí y me responderás.*

*— ¿Cómo quiere que sepa cuál es el bien máspreciado del hombre? ¡No soy ningún filósofo!*

*—Tienes razón, no lo eres. Pero puedes pensar como uno de ellos. Solo te quedan unas horas para poder averiguarlo. Reflexiona y no dejes que la luna te hastíe las ideas*  
*— musitó cerrando la puerta.*

*La noche pasó pronto. Cansado e incapaz de dar con la respuesta adecuada, salí de la habitación y me senté en el pasillo desde donde se podía ver las montañas del Aljarafe levemente iluminadas por la luna, que parecía querer ocultarse tras ellas. Aún no había amanecido, y aunque el frío había empezado a erizarme la piel, preferí quedarme allí afuera y esperar la llegada del fraile. No obstante, y a pesar del cansancio de mis fatigados músculos, el recuerdo de las interminables horas de estudio me obligó a recomponerme y a regresar a la biblioteca. Aquel era el único sitio que me transmitía un poco de tranquilidad. Al acceder al interior, un intenso olor a leña me obligó a taparme la nariz con la manga del hábito. No se veía nada, y si no hubiese mantenido en la cabeza la ubicación exacta de las estanterías y de las mesas, habría acabado en el suelo o aún peor, sufriendo alguna herida que me obligase a permanecer*

*encamado durante semanas. Intentando no tropezar, rodee las primeras mesas y dejé que el aire cálido llenase mis pulmones.*

*— ¿Te gusta este sitio, novicio?— escuché pegando un salto hacia atrás.*

*— ¿Quién es?— pregunté al tiempo que una llama se prendía delante de mis ojos para iluminar el rostro del religioso.*

*—No esperaba verte aquí hasta bien entrada la mañana.*

*— ¿Qué hace aquí? ¿Y a oscuras?*

*—Meditar, o al menos es lo que intento. La meditación me hace olvidar que debo dormir más a menudo, también a ser más cauto con las palabras.*

*— ¿En la biblioteca?*

*—No creo que exista mejor lugar para hacerlo. La tranquilidad y el aroma que se respira en este lugar me apacigua el alma— comentó prendiendo el pábilo de la vela del día anterior. A continuación, me acerqué dejando caer con el hombro un libro que se abrió por las primeras páginas. En la parte de abajo, habían dibujado una espada curva parecida a las que manejaban los musulmanes. Curioso, lo recogí del suelo y leí el nombre de fray Rodrigo de Yerte en el reverso de la cubierta.*

*— ¿Sabe quién fue este hombre?— le pregunté apoyando el libro en la mesa del traductor de griego.*

*—Antes de nada necesito que me respondas a la pregunta que te hice hace unas horas. Dime, ¿sabrías decirme cuál es el bien máspreciado por el hombre?— insistió una vez más mientras yo me impregnaba de las palabras de aquel viejo libro. Nervioso,*

*traté de buscar la solución en el interior de mi cabeza sin conseguirlo. Toda mi atención había recaído sobre el texto que tenía en las manos, mientras la voz de aquel fraile se repetía una y otra vez en mi cabeza, instándome a buscar la solución al acertijo que me había puesto contra la espada y la pared. Fue entonces cuando descubrí cómo un finísimo haz de luz se colaba a través de una grieta de la ventana e iluminaba un punto olvidado de la biblioteca— Y bien, ¿sabes la respuesta?*

*— ¿Le importa que salga un momento?*

*— ¿Salir? Está bien— dijo incorporándose de su asiento—. Ayúdame muchacho, no me vendrá mal respirar un poco de aire fresco—. Juntos, salimos al pasillo y observé la luna que prácticamente había desaparecido tras las montañas. Allí tenía la solución a la pregunta, pues aunque no lo viese en aquel momento, había guardado en mi memoria la posición de aquella esfera blanquecina justo después de abandonar mi celda.*

*—El tiempo— le respondí orgulloso por mi descubrimiento.*

*—Eso es, muchacho. El tiempo es el único bien que persigue el hombre desde su nacimiento hasta su muerte. La sabiduría podría ser la segunda más importante, pero el resto no son más que posesiones mundanas que nos vemos obligados a abandonar cuando morimos —confesó observando las cicatrices de la esfera plateada. A continuación, me arrebató el libro de las manos y pasó las primeras hojas con extremo cuidado—. Rodrigo de Yerte fue mi maestro— me reveló clavando la vista en la firma estampada en la cubierta. Sin permitirme asimilar su respuesta, me miró a los ojos y se interesó por mi nombre.*

—Telmo, maestro. Telmo de Loan— le respondí con respeto. Acto seguido, dejé que se apoyase en mi hombro y regresamos a la biblioteca para que pudiese descansar sus piernas.

— ¿Sabes Telmo?, nunca he creído en las casualidades, pero el que hayas dejado caer este libro me ha hecho darme cuenta de que éste puede ser nuestro primer paso como maestro y discípulo— musitó acercando dos candelabros que iluminaron las primeras hojas—. Este libro fue escrito para guardar la memoria de aquellos que velaron por la vida de un muchacho llamado Diego Gandul. Todo comenzó hacia el año 1580 de la era de nuestro señor, en una pequeña Villa situada a no demasiadas leguas de esta ciudad. Habían transcurrido bastantes años desde que sus majestades los Reyes Católicos hubiesen descubierto un nuevo imperio. Durante aquellos años, aún eran muchos los barcos cargados de metales preciosos, nuevas plantas y animales exóticos que atravesaban el océano para enriquecer a la corona. Sevilla se había convertido en una de las ciudades más florecientes de toda Europa y eso conllevó la llegada de un elevado número de forasteros que intentaban hacerse de una pequeña fortuna— explicó al tiempo que alzaba la cabeza para mirarme—. Eres su misma imagen...

— ¿A quién se refiere?

—Hablo de Diego. Te le pareces tanto...—murmuró sorprendido—. Como te dije antes, para mí no existen las casualidades. Ese muchacho se convirtió en un excelente artista, conocedor de las reglas del Universo y de los límites de la perfección— explicó dejando la mirada perdida en el infinito. Acto seguido, asió una pluma del escritorio y trazó una línea que se onduló como si quisiese desvincularse de la rectitud de su origen—. Siempre he creído que Dios nos hace venir a este mundo para ponernos a prueba y llevar a cabo nuestro proyecto de vida, el fin único por el que estamos aquí y por el que debemos luchar para dejar nuestra huella. Sin embargo, en

*el caso de Diego... como decirlo. Su vida fue tomentosa desde su nacimiento. En aquellos años era su majestad Felipe II, padre del actual monarca, el que manejaba las riendas del imperio con más mala que buena fortuna ¿Sabías que lo apodaban el prudente?*

*—No, maestro— dije sin mucho interés.*

*—Fueron duros aquellos años. Aunque... no tanto como éstos, claro—comentó mientras seguía con los ojos el ascenso de las partículas incandescentes que salían desperdigadas con el crujir de las ascuas. Después clavó los ojos en la punta de la pluma y dibujó con gran maestría el fuego que teníamos delante —. En fin, ese es otro tema del que hablaremos en otro momento— dijo recuperando la lectura—. Alcalá era una de las Villas que suministraban una mayor cantidad de harina de trigo a la ciudad, principalmente a este monasterio y al de San Isidoro del Campo—reconoció —. Según me contó mi mentor, Diego era hijo de un molinero de nombre Francisco Gandul que regentaba el molino del Algarrobo, el cual dependía directamente del monasterio de Buenavista.*

*— ¿Y cómo llegó el hijo de un molinero a Buenavista?*

*— ¿En serio quieres saberlo?*

*—Claro.*

*—Está bien. Entonces será mejor que continúe con la lectura y así podrás sacar tus propias conclusiones. Ahora pon atención, y no olvides lo que hemos hablado sobre el tiempo— dijo leyendo en voz alta el inicio de aquella historia.*

Capítulo I  
(El origen)

Había llovido durante la noche y el patio se encontraba repleto de charcos y hojas. Alrededor de la fuente central, un fraile de anchos hombros y mirada serena, recortaba con delicadeza los setos que ahora superaban en altura a los asientos de piedra que decoraban el atrio. De aspecto descuidado, llevaba puesta una túnica oscura que sujetaba a su cuerpo por medio de un cinto de color albero, el cual conseguía mecer, a base de arrastrar torpemente los pies, dibujando inconscientemente en el suelo, una marca en forma de zigzag que dejaba al descubierto las pequeñas piedras escondidas bajo la arena. De fondo, los cánticos de los religiosos más madrugadores, se propagaban rebotando en las paredes del edificio.

—Buenos días, hermano.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no recuerdas lo que ocurrió la última vez que nos vio el prior juntos? Vamos, regresa a tu celda y no salgas hasta que haya salido el sol.

—Pero me gustaría estar con usted. Me prometió hablarme de la historia del monasterio— dijo con la voz aniñada.

—No puede ser— replicó mirando en derredor suyo, después le cogió la mano y lo condujo hasta uno de los limoneros que crecían alrededor del patio—. Tienes que aprender a controlar los impulsos, Diego. Solo el hombre completamente sereno es capaz de alcanzar lo que se propone sin salirse de su camino, ¿has entendido?

—Pero...

—¡Basta! No quiero volver a hablar del tema. Vamos, regresa a la celda e intenta reflexionar sobre lo que acabo de decirte.

—Está bien— contestó el muchacho rodeando lentamente una de las columnas que sostenía el piso superior. Después, dejó atrás las puertas que conducían a las salas comunes y se detuvo al lado de las escaleras que llevaban al campanario. Aquel sitio

era especial, silencioso y frío, pero también uno de los pocos lugares desde donde se podían ver las montañas que rodeaban las villas del Aljarafe. Con actitud calmada, distinguió la figura curvada y torpe del fraile más veterano del cenobio, cuya única misión había sido relegada al tañir de las campanas y al arreglo floral de la capilla, sin lugar a dudas, el espacio más concurrido del monasterio de Buenavista.

—Sabes que no deberías estar aquí, Diego— escuchó desde atrás sorprendiéndolo.

—Buenos días hermano Marco, no lo he oído llegar—respondió nervioso.

Dándose la vuelta, se anudó como es debido el cinto y agachó la cabeza en señal de respeto—. No he dormido demasiado bien esta noche. Imagino que habrá sido por la cena de ayer.

—No es excusa para que hayas abandonado tu cubículo.

—Lo siento, pensé que se me pasaría si daba un paseo— comentó llevándose la mano al abdomen.

—Ya, y como has escuchado al hermano Rodrigo podando los setos, has pensado hacerle una visita en contra de lo que había decidido el prior, ¿no es así? Me temo que no ha sido una buena decisión. Ya sabes cómo se las gasta el padre con éstas cosas. Además, la última vez que te sorprendió cerca del río dejó bien claro que no volverías a acompañar al hermano Rodrigo sin su consentimiento. Todos sabemos que no es mal hombre, pero sus maneras no son las más apropiadas para un chico de tu edad— dijo con la severidad de un estudioso entregado a la filosofía y la moral.

—El hermano Rodrigo no tiene la culpa, he sido yo el que se le ha acercado.

—Eso quiere decir que si hubiese aceptado acogerte, habrías incumplido igualmente la orden que te dio el prior, ¿no es eso lo que me quieres decir?— dijo molesto mientras se le arrugaba la frente—. Está bien, quiero que sepas que no me dejas otra opción, así que hablaré con él. Es muy probable que quiera mantener una



charla contigo en cuanto se lo cuente.

—Pero... hermano Marco, en ningún momento he querido incumplir las normas— replicó aún más nervioso—. Puedo asegurarle que en éste mismo momento me dirigía a mi celda. Ha sido simple casualidad el que nos hayamos tropezado.

—Casualidad o no, lo único cierto es que no estabas donde deberías ¿O también me vas a discutir eso?

—No, claro que no hermano— dijo agachando la cabeza—. Le prometo que no lo volveré hacer.

—Las promesas no valen nada si no van unidas al cambio del comportamiento. No sé cuantas veces voy a tener que repetírtelo— murmuró decepcionado, instante que cruzó las manos sobre su abdomen y respiró hondo, como si de esa manera llegase a liberar todos y cada uno de los pensamientos que lo atormentaban.

—Sé que no sirve de nada que le diga de nuevo que lo siento— comentó tomándole la mano—. Por favor, no le diga nada al prior— le rogó besándole el anillo que sobresalía de uno de sus dedos.

—Está bien, no le diré nada, pero es la última oportunidad que te doy. Ahora regresa a tu celda y evita entretenerte en el camino.

—Sí, hermano—dijo inclinándose agradecido. Era una mirada tímida, casi de resignación.

—Vamos, márchate de una vez— le pidió dándose la vuelta, mostrándole una mirada tan profunda que por un instante creyó perderse en ella.

—Hay algo que le preocupa, ¿no es verdad?

— ¿Cómo dices?— dijo el fraile sorprendido.

—Sus ojos. Están vidriosos. Usted nunca llora. Al menos nunca lo he visto hacerlo— comentó el pequeño señalando las diminutas arrugas que perfilaban sus párpados.

—Los caminos del hombre son inescrutables, Diego— respondió el jerónimo avanzando en dirección a la capilla, sin embargo, antes de acceder al interior, se detuvo de nuevo y volvió la cabeza hacia el muchacho que lo había seguido todo el tiempo en silencio—. Respóndeme a una pregunta, Diego.

—Dígame— poniendo atención.

— ¿Te satisface la vida aquí?

—Creo que sí, aunque... ¿por qué me hace esa pregunta?

—En realidad solo necesitaba saber eso— dijo el religioso prosiguiendo su camino.

—Un segundo... ¡hermano, hermano! ¿Por qué me ha preguntado si me gusta? ¿Es que ocurre algo? ¡Hermano Marco! ¡Respóndame!— gritó empujando la puerta de la capilla que chirrió al roce de los goznes. Al otro lado, una veintena de religiosos oraban frente a una imagen de San Jerónimo rodeada de velas.

—Este es un lugar de rezo, muchacho. No te atrevas a elevar la voz aquí o seré yo mismo el que te saque a rastras, ¿has entendido?— lo sorprendió otro fraile de rostro impávido impidiéndole el paso.

—No era mi intención...

—Pon atención en lo que voy a decirte. Han pasado ya más de seis años desde que llegaste por primera vez a Buenavista. Las cosas han cambiado desde entonces, incluso tú has dejado de ser aquel muchacho silencioso y retraído al que le daba miedo decir lo que pensaba. Mírate, ahora tienes doce años y el cuerpo de un hombre. Conoces las letras como cualquiera de nosotros, e incluso sabes manejar el barro con soltura.

—Discúlpeme.

—Sé que estos años han sido duros para ti, pero la vida lo es. No existe el camino

sin obstáculos, y recuerda que todo lo que llega sin esfuerzo se va de la misma manera — dijo el fraile apoyando la mano en su hombro—. Ahora vete y no hagas ruido, no olvides que estás en la casa de Dios y que el silencio es la virtud de los sabios— le aconsejó dándole un toque en la cabeza. Inmerso en sus pensamientos, el chico avanzó por el corredor que rodeaba el patio, marcado a aquellas horas, por las sombras del amanecer. Dejando atrás el refectorio y las celdas donde solían descansar la mayor parte de los novicios, aligeró el paso y entró en su celda. La puerta estaba encajada y al pasar al interior creyó sentir cómo una ráfaga de aire frío le acariciaba la cara. Era una sensación extraña, completamente ajena a lo que estaba acostumbrado. Después, cerró la puerta con cuidado y se acercó a la ventana. El invierno se estaba aproximando, dejando una marca sobre el zócalo de piedra en forma de escarcha. A pesar de no encontrarse a demasiada altura, se podía vislumbrar a lo lejos el río y un par de barcos recién llegados de la ruta de las Américas. Sin hacer mucho caso a los pasos de los primeros frailes que habían empezado a salir al pasillo, clavó la mirada en la torre de la ciudad y pensó en sus padres. No sabía exactamente el tiempo que había pasado desde la última vez que abandonó la Villa, pero lo que realmente le dolía es que apenas alcanzaba a recordar sus rostros. Aún mantenía en la memoria la voz del maestro diciéndole que debía ir al monasterio, y que sus padres, en cambio, permanecerían en la Villa el tiempo que fuese necesario hasta saldar la deuda con el señor de Marchenilla. Desde entonces, no había dejado de escuchar el sonido del agua moviendo las ruedas del molino del Algarrobo, pero era un sonido triste, lleno de melancolía y soledad.

— ¿Se puede saber qué haces ahí subido, muchacho?— se interesó una voz bien conocida rompiendo su silencio. Apoyándose sobre el muro y el borde de madera del

camastro, se giró lentamente y descubrió la imagen del prior delante de la puerta. Las luces de la mañana se habían hecho más intensas y atravesaban los alrededores de su cuerpo formando diminutos destellos que lo obligaron a taparse los ojos.

—Buenos días, padre.

—Es cierto que existe una buena vista desde aquí, ¿no crees? Una de las mejores del monasterio sin duda— dijo sonriendo—. Hace mucho tiempo que no entro en esta celda ¿Sabes?, antes de ti perteneció a un hermano que venía de Osuna. Fray Anselmo se llamaba. Recuerdo que estaba siempre asomado a esa ventana, como si en realidad no hubiese sido capaz de abandonar el lugar que lo vio nacer.

— ¿Y dónde está ahora?

—Hace varios años que nos dejó. El señor decidió que hacía más falta tenerlo a su lado y... ¿quiénes somos nosotros para juzgar sus decisiones? ¿No crees?— repitió el fraile aproximándose un poco más—. Parece que va a hacer un buen día hoy — comentó señalando la orilla del río aún cubierta de niebla—. Dime Diego, ¿has desayunado ya?

—No padre, aún no.

—Estupendo, así podrás acompañarme. Me gustaría tener una conversación contigo, y soy de los pocos que siguen creyendo que nunca hay que hablar con el estómago vacío— dijo tocándose la barriga—. Vamos, seguro que el hermano Rodrigo ha preparado ya el pan y ha ordeñado las cabras— comentó sin dejar de olisquear el aire. A continuación, le tomó la mano y juntos atravesaron el pasillo principal para dirigirse al refectorio, donde ya se habían reunido los frailes más madrugadores que lo siguieron en silencio desde sus asientos.— Siéntate ahí. Es el único sitio de la sala desde donde se puede ver el patio y la huerta—le confesó entregándole un trozo de pan y un cuenco con leche de cabra recién hervida. A unos cuantos codos de distancia, un

novicio sacaba de una red de pesca una veintena de galápagos recién capturados en el río.

— ¿Le importa que le haga una pregunta, padre?

—Claro que no. Adelante— respondió, mientras saludaba al cochero que acababa de llegar procedente del Escorial.

— ¿Podría decirme qué fue lo que les ocurrió a mis padres? Todo el mundo comenta que murieron por culpa de la peste, pero yo sé que no es así. Hace varios días que le oí decir al hermano Marco que las epidemias habían azotado las ciudades del norte de Europa, sin embargo, no dijo nada respecto a la Villa— comentó percatándose de las diminutas ondulaciones que se habían formado en la frente del religioso que lo miró con ternura.

—Se que echas de menos a tus padres hijo mío, pero por desgracia, no te puedo responder a esa pregunta, al menos por ahora. Solo Dios es conocedor de lo que pudo haberles ocurrido.

— ¿Sabe una cosa, padre? Aún recuerdo la voz del maestro retumbando en mi cabeza— reconoció mientras se cubría los labios temblones con los dedos—. En realidad, nunca he sabido demasiado a cerca de ellos. A veces pienso que solo tomaron una mala decisión, pero... no sé, padre. Tan solo me gustaría saber un poco más de ellos, cómo se encuentran, donde viven... No, no le estoy diciendo la verdad, lo que quiero en realidad es verlos de nuevo y preguntarles qué fue lo que les ocurrió.

—Entiendo tu preocupación muchacho— murmuró dándole una palmada en el brazo—. Por desgracia, Diego, el mundo se rige casi siempre por las normas de los hombres y no por la palabra de Dios.

— ¿A qué se refiere?

—Para que lo entiendas, el maestro de Marchenilla había tomado una decisión, y tu

padre se lo puso difícil.

—Pero... la molienda pertenecía a este monasterio, ¿no es así? Mi padre siempre me dijo eso. Es más, cada semana partía un carro hacia Buenavista. Yo mismo lo he visto cientos de veces abandonar el molino cargado de sacos de harina.

—Tienes razón, pero en algunas ocasiones las cosas cambian— lo interrumpió a la par que Diego clavaba la vista en las manos trabajadas del fraile que, sin apenas hacer ruido, se había sentado a su derecha para dar buena cuenta a una sopa de galápago—. De todas formas, no es por esa razón por lo que te he traído hasta aquí. Dime, ¿sabes cuánto tiempo llevas en esta casa?

—No estoy seguro. En realidad no sería capaz de decirle la fecha exacta. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo sin saber de... bueno, ya sabe a qué me refiero.

—Ese es un tema que sabrás en su momento. Ahora lo que quiero es que comprendas lo que voy a decirte.

—¿Y qué es?

—Mañana habrá terminado tu reclusión en Buenavista. Han pasado muchos años y casi todos estamos de acuerdo en que eres capaz de proseguir lo que te resta de camino sin...

—¿Qué quiere decir?— lo interrumpió siendo reprimido por el prior que lo miró con severidad— Lo siento padre, no quería interrumpirlo. Estos días no me he encontrado demasiado bien.

—De acuerdo— dijo sacando un pliego de debajo de la túnica—. Mañana dejarás de pertenecer al monasterio. Hay una señora de la ciudad que ha sugerido hacerse cargo de tu educación. En realidad debes estar satisfecho de ello, no muchos niños de tu edad tienen una oportunidad como ésta.

—Pero yo no me quiero marchar.

—La decisión ya ha sido tomada por la comunidad.

—Pero...

—¡Ya es suficiente! Como miembro de la comunidad, debes acatar las decisiones que en ella se tomen aunque ello suponga tu salida de la congregación. Entiéndelo, es por tu propio bien.

—¿También lo fue separarme de mis padres?

—Ninguno de nosotros tomamos parte en esa decisión, ya te lo expliqué.

—Discúlpeme.

—Está bien— dijo acariciándolo.

—Padre... ¿puedo preguntarle algo más?

—Adelante.

—Dígame, ¿llegó usted a conocer a mis padres?

—No.

—Pero... ¿podría al menos hablarme de ellos? A veces siento como si nunca los hubiese conocido.

—Lo siento Diego, pero no puedo decirte nada al respecto.

—¿Por qué? No lo comprendo. Ha pasado mucho tiempo y lo único que quiero es que me cuente la verdad. Sé que los demás hermanos me han estado ocultando cosas todos estos años ¿Pensaba que no me daría cuenta? Ya no soy el niño de cinco años de aquel entonces.

—Lo siento— repitió el religioso quedándose callado.

—No fue esa la causa. Me refiero a la peste, ¿verdad? ¡Dígame! Padre!  
¡Dígame, por favor! Están muertos, ¿verdad?— insistió de nuevo a la vez que se echaba hacia delante. Por un momento, el prior se retiró un poco de su lado y dejó un cuenco de leche sobre la mesa. Siempre había sabido que llegaría este momento, sin

embargo, nunca se había visto capaz de decirle una sola palabra al respecto, era demasiado duro para un muchacho de su edad ¿Cómo podría decirle que su padre había sido asesinado por el maestro y que su madre se había convertido en una moribunda a la que habían perdido la pista?. No, jamás había sido preparado para algo así, y ahora tenía la certeza de ello. Aquel niño convertido en un muchacho de doce años lo acababa de perder todo, y lo único que podía hacer era entregarlo a una familia de la ciudad y pedir a Dios que velase por él. Mientras tanto, aquella mujer se encargaría de su protección y de su educación. Tan solo restaba una firma y pasaría a tener una nueva familia que se encargaría de ofrecerle una mejor vida separada de la miseria y del hambre. Era todo lo que podía hacer.

—Ruego que me disculpes muchacho, pero no puedo ayudarte— murmuró intentando no sostener la mirada del pequeño, que dejó escapar un par de lágrimas—. Mañana abandonarás este monasterio. Es mi última palabra— murmuró levantándose de la mesa.

El día pasó rápido y la noche volvió a dar paso a la frágil luz de la mañana. Una veintena de pájaros se habían colocado cerca de la torre principal y lo habían despertado con sus cánticos. Cansado, Diego se incorporó de la cama y se acercó como siempre a la ventana de su celda. Una pequeña placa de hielo se había formado en la piedra dando lugar a minúsculos dibujos de color blanquecino, que habían empezado a deshacerse con los primeros rayos del sol. Desde el día anterior, la curiosidad por el paradero de sus padres se había apropiado de su cabeza, y ahora no era más que un centenar de pensamientos errantes y prófugos que no ansiaban más que ahondar en sus recuerdos. Tras llenar sus pulmones de aquel aire fresco, se dio la vuelta y salió al pasillo. Los primeros cánticos invadieron el monasterio convirtiéndolo



en un lugar de paz y desahogo.

—Buenos días, Diego.

—Hola hermano Marco—lo saludó respetuosamente.

—Sé que es temprano aún, pero quería asegurarme de que estabas despierto. Es un gran día para ti. Lo recuerdas, ¿no?— comentó a la vez que Diego le asentía en silencio—. Esa es la actitud. Cualquier niño de tu edad se cambiaría por ti en estos momentos. No siempre se puede tener la oportunidad de formar parte de una familia tan importante.

—No me importa— respondió con la mirada esquiva, como si fuese incapaz de mirarlo a los ojos.

— ¿Cómo dices?

—He dicho que no me importa— repitió con la voz quebrada—. Lo único que quiero es volver a saber de mis padres y... por desgracia no puedo hacerlo.

—Deberías cuidar tus modales, pequeño. El prior dice...

—¡Siempre el prior!— lo interrumpió intentando mantener las palabras que se le habían escapado de la garganta—. Discúlpeme, no quise decir eso— reconoció tapándose la boca con las manos.

—Está bien muchacho, entiendo por lo que estás pasando— comentó el religioso apoyando la espalda sobre una de las columnas que decoraban el corredor— ¿Sabes?, yo perdí a mis padres hace mucho tiempo. Mi padre era alfarero en Carmona y mi madre lavandera. Un día y sin saber cómo, murieron los dos dejándome completamente solo. Al cabo de los años me enteré que no había sido casualidad. Mi madre fue tomada por un caballero que se había antojado de ella. Aquel hombre la hizo enfermar convirtiéndola en un alma errante, en cambio, mi padre, fue ejecutado

por injurias a la corona.

— ¿Es cierto eso?

—En realidad nunca lo he sabido. Fue lo que me contaron. Yo era demasiado pequeño cuando sucedió, y ahora te aseguro que no buscaré en el pasado para descubrirlo. ¿Sabes?, el anterior prior decía que cada uno de nosotros ha venido a este mundo con un propósito, y es así como lo entiendo yo también.

— ¿Y cuál es su propósito?

—Dar cobijo al desamparado y llevar la voz de Dios al mundo. Hay un millar de pobres ahí afuera esperando algo de aliento, una pizca de luz que los ayude a superar sus penurias. Un trozo de pan que les alivie el dolor de estómago, o simplemente una mano que los anime a dar un nuevo paso. Los caminos de la vida están repletos de millares de senderos alternativos, muchacho, y para alcanzar las grandes metas siempre debes empezar dando el primer paso.

—Y... ¿cuál podría ser el mío?

—Eso Diego, lo tendrás que descubrir por ti mismo. Lo único que te quiero decir con todo esto, es que no intentes rebuscar en el pasado. El día de hoy es como un nuevo nacimiento para ti, una nueva oportunidad para decir al mundo y a Dios quién eres y cuál es tu propósito en la vida. No digo que olvides, eso sería injusto, pero no permitas a los recuerdos que te aten demasiado.

—Sé que tiene razón hermano Marco, pero... no sé. No es tan fácil.

—Claro. Pero sabes qué, hoy se te brinda esta oportunidad, el día de mañana no sabremos ni si quiera hacia dónde nos dirigiremos— dijo sujetándole la barbilla—. Tan sólo espero que no lo desperdicies, muchacho— comentó el religioso colocando la mano sobre su hombro. Después le dio una palmada en la mejilla y salió de nuevo al pasillo para terminar perdiéndose en una de las esquinas más alejadas del piso

superior, donde le dirigió una última mirada antes de desaparecer definitivamente.